

LA VERDAD SOBRE LOURDES REVELADA POR UN FILM

ESTE film: "Lourdes y sus milagros", no es un espectáculo. Está situado más allá de la belleza, más allá de los dramas cuyo desarrollo nos gusta seguir en la escena. Este film no es un espectáculo. Este film no es un espectáculo. Este film no es un espectáculo.

Este film es terrible. Nos lleva por la fuerza al país de las más atroces realidades, hasta la presencia del invisible misterio: la Señora vestida de blanco que vea Bernadette en el hueco de la roca. ¡Era cierto entonces! Pues de improviso presentimos que el misterio está ahí y que es algo real que nos toca como un rostro. Acercamos la mano como Bernadette hacia la Señora y encontramos la faz putrefacta de este muerto viviente que nos contempla mil veces, millares de veces, a través de las pupilas veladas de un pueblo de enfermos, acostados mirando al cielo. putrefacta de este muerto viviente que nos contempla mil veces, millares de veces, a través de las pupilas veladas de un pueblo de enfermos, acostados mirando al cielo.

El ojo de la cámara ha captado la villagera realidad de Lourdes. Jorge Rouquier, el autor del film, ha hecho lo que parecía imposible, porque de antemano renunció a agradar. Perseguido únicamente la verdad de la imagen, ya sea atroz o sublime. El despojo admirable de esta obra sin artificio encuentra oposiciones. Algunos católicos se ofuscan por las escenas, — las púrpuras — particularmente emotivas para mucha sensibilidad. En cuanto a los incrédulos, pueden estar turbados o indignados, por esta manifestación de fervor inaudito. ¿Demen- cación colectiva? ¿Retrospecto a las prácticas de la humanidad primitiva?

Hay que reconocer que el film "Lourdes y sus milagros" hace estallar nuestro racionalismo y pone en evidencia esta verdad demasiado olvidada, que el cristianismo es esencialmente una cura a los ojos de los "gentiles". Sin embargo, Jorge Rouquier nos presenta "os milagros con la objetividad de un juez imparcial que desmonta las piezas de un proceso. En el proceso de Lourdes, es que el milagro resiste al aparato de la ciencia moderna y a la mirada sin alma de la cámara, y que las manifestaciones enabardables de lo sobrenatural pasan entre las mallas de nuestros sentidos.

El escenario — que se nos perdona la palabra bárbara — se divide en tres partes: la primera, consagrada a la presentación del hecho y del lugar. El realizador nos muestra la gruta, el agua de la fuente, la oficina médica cuyo presidente, un médico, le explica el funcionamiento preciso, riguroso. Ahora, veremos y escucharemos a los milagrosos, reconocidos a la vez por la Comisión católica. Pero antes demos una vuelta por la ciudad comercial de Lourdes. Paseo bastante humorístico, donde las Virgenes lavables e irrompibles se codean con el despectador que toca Ave María. En las calles se instalan los mo- cañones del templo, por todos lados y siempre. J. Rouquier tuvo razón, indiscutiblemente, al no ocultar ninguna verdad.

Con el salmismo para Rennes. El encuentro con Mlle. Fretel, la enfermera curada en 1918, de peritonitis tuberculosa, tuvo lugar en un pequeño café de la ciudad. Momento emocionante. Una muchacha sencilla, robusta, lo menos sospechosa de histérico que podamos imaginar, está sentada frente a nosotros. Rouquier le su expediente médico. Ella completa, relata, sin ningún adorno de piedad, en agonía. Elevada de su cama por el invisible, cupo, con un enorme escombros, que estaba curada. Tuvo hambre, un hambre insaciable. Y eso es todo. No, no es todo. Tiene una luz en su rostro, que no puede olvidarse.

En Lourdes, donde nos dirigimos después, fuimos recibidos por el Coronel Pellegrin y su esposa, que teje, sentada en un diván. El Coronel cuenta sencillamente su curación, y su sorpresa. Todos están admirados que el milagro se introduzca en su vida tan discretamente, que pasaría casi desapercibido.

En Beaulieu. El Señor y la Señora de Pascal con el acento que dan tanto color a las palabras de la lengua francesa. Su hijo, atacado de meningitis, parálisis y ciego, declarado incurable, fue curado. La fe de sus padres lo salvó. Hace veinte años hoy. Y cada año va a Lourdes, como camillero... Pues el personal que asegura el servicio de hospitalidad, tanto en el castillo de Nuestra Señora de Lourdes, como en el Hospital de los Siete Dolores, es completamente benévolo y pertenece a todas las clases y a todas las profesiones.

En la tercera parte encontramos, el problema de los milagros. En efecto, en el curso de la peregrinación, fueron consignadas dos curaciones: dos mujeres, una atacada de tumor en la cabeza y la otra ciega y sorda. La casualidad que la de la ceguera, ha querido que J. Rouquier haya filmado a estas enfermas antes de su curación.

Acompañamos a una y otra a la oficina de constataciones, en medio de los médicos. ¿Se trata de una verdadera cura, total, sin recaída? El porvenir lo dirá. La segunda parte del film, la más larga, nos trae de nuevo a Lourdes. Ahí viviremos todo un día, de la mañana a la noche. Ninguna música a la noche. Ninguna música más que la de los cánticos, admirable canto que brota del corazón de la multitud y se propaga como un incendio. El milagro de la unidad se opera a través de estos gritos

de amor: Ave, Ave María, María, Reina de Francia, y su amplitud es de una catedral sonora. Sobre la explanada, los enfermos acostados. Desde la mañana, una muralla de oraciones se construye, minuto a minuto, más compacta, con Ave repetidas sin fin, que brotan en ríos inmensos: el río del dolor, pero también del olvido — el olvido de la muerte.

Postados en sus camillas, los enfermos esperan que llegue a ellas el sacerdote que lleva la custodia y la hostia santa. Vienen tan de cerca estas caras traspasadas, crispadas, estas miradas febriles, estas miradas fijas, estos ojos pálidos y tristes, ya estamos convulsionados. Es el Evangelio que estamos viendo, que se actualiza en este momento: de todos lados traían a los enfermos. Cristo pasaba entre ellos. Tenía plenitud de la multitud suficiente...

Después J. Rouquier nos introduce en las piscinas. Primero en la de las mujeres, niños y hombres. Aquí no podemos llegar al paroxismo. El agua está fría, (9 a 14 grados). Las mujeres gritan, los hombres gimen, los niños lloran. Los bañistas tienen una tarea dura. Todos tienen fe. Atrás de una concha, un sacerdote los asiste. Reza, como Cristo sobre la cruz, por esta suma terrible de miserias. Reza, con los enfermos, con la multitud que no se ve, pero se adivina, la respiración ansiosa. Un combate inexplicable se libra entre las fuerzas vivas del amor y el infierno "e la condición humana. Y porque este combate, en apariencia carnal, es espiritual y nos compromete en cuerpo y alma, es imposible presenciarlo sin tomar parte. Ha llegado el momento, para el incrédulo, de hablar de histeria, de demencia. Pero no se suprime con un encogimiento de hombros el permanente escándalo de la enfermedad, el sufrimiento y de la muerte. En Lourdes, ciudad real de todas las degeneraciones, este escándalo es obsesante. Los filósofos de lo absurdo y de la vida, se estrellan contra la nuda de la carne, estrellada de miríadas de llagas purulentas que se renueva sin cesar, día tras día, de año en año. Y es entonces que se impone la respuesta única: la locura de la cruz, el escándalo del cristianismo.

Pasó el medio día y el mismo declina imperceptiblemente. Sobre la explanada clara, la multitud está a la espera del acontecimiento esencial. El tiempo se detiene. La procesión avanza, lo adivinamos en la preparación de la multitud, en las zonas de silencio que se propagan de grupo en grupo, en el relámpago brusco de un rostro ansioso, en la sombra del pallo que lentamente se arrastra en el suelo. Una pequeña frase, que nos viene del cielo: "Dios te salve María llena de gracia", renace de su alena, vuelve a nacer des-

pués, en teje lazos infinitos alrededor del tema esencial, la gloria eterna del Verbo encarnado.

Y de pronto, atravesando todos los murmullos y todos los silencios, suena una sola voz. La multitud no tiene más que una sola boca, un solo corazón. El milagro de la unidad se opera a través de estos gritos

de amor: Ave, Ave María, María, Reina de Francia, y su amplitud es de una catedral sonora. Sobre la explanada, los enfermos acostados. Desde la mañana, una muralla de oraciones se construye, minuto a minuto, más compacta, con Ave repetidas sin fin, que brotan en ríos inmensos: el río del dolor, pero también del olvido — el olvido de la muerte.

Postados en sus camillas, los enfermos esperan que llegue a ellas el sacerdote que lleva la custodia y la hostia santa. Vienen tan de cerca estas caras traspasadas, crispadas, estas miradas febriles, estas miradas fijas, estos ojos pálidos y tristes, ya estamos convulsionados. Es el Evangelio que estamos viendo, que se actualiza en este momento: de todos lados traían a los enfermos. Cristo pasaba entre ellos. Tenía plenitud de la multitud suficiente...

Después J. Rouquier nos introduce en las piscinas. Primero en la de las mujeres, niños y hombres. Aquí no podemos llegar al paroxismo. El agua está fría, (9 a 14 grados). Las mujeres gritan, los hombres gimen, los niños lloran. Los bañistas tienen una tarea dura. Todos tienen fe. Atrás de una concha, un sacerdote los asiste. Reza, como Cristo sobre la cruz, por esta suma terrible de miserias. Reza, con los enfermos, con la multitud que no se ve, pero se adivina, la respiración ansiosa. Un combate inexplicable se libra entre las fuerzas vivas del amor y el infierno "e la condición humana. Y porque este combate, en apariencia carnal, es espiritual y nos compromete en cuerpo y alma, es imposible presenciarlo sin tomar parte. Ha llegado el momento, para el incrédulo, de hablar de histeria, de demencia. Pero no se suprime con un encogimiento de hombros el permanente escándalo de la enfermedad, el sufrimiento y de la muerte. En Lourdes, ciudad real de todas las degeneraciones, este escándalo es obsesante. Los filósofos de lo absurdo y de la vida, se estrellan contra la nuda de la carne, estrellada de miríadas de llagas purulentas que se renueva sin cesar, día tras día, de año en año. Y es entonces que se impone la respuesta única: la locura de la cruz, el escándalo del cristianismo.

Pasó el medio día y el mismo declina imperceptiblemente. Sobre la explanada clara, la multitud está a la espera del acontecimiento esencial. El tiempo se detiene. La procesión avanza, lo adivinamos en la preparación de la multitud, en las zonas de silencio que se propagan de grupo en grupo, en el relámpago brusco de un rostro ansioso, en la sombra del pallo que lentamente se arrastra en el suelo. Una pequeña frase, que nos viene del cielo: "Dios te salve María llena de gracia", renace de su alena, vuelve a nacer des-

pués, en teje lazos infinitos alrededor del tema esencial, la gloria eterna del Verbo encarnado.

Y de pronto, atravesando todos los murmullos y todos los silencios, suena una sola voz. La multitud no tiene más que una sola boca, un solo corazón. El milagro de la unidad se opera a través de estos gritos

de amor: Ave, Ave María, María, Reina de Francia, y su amplitud es de una catedral sonora. Sobre la explanada, los enfermos acostados. Desde la mañana, una muralla de oraciones se construye, minuto a minuto, más compacta, con Ave repetidas sin fin, que brotan en ríos inmensos: el río del dolor, pero también del olvido — el olvido de la muerte.

Postados en sus camillas, los enfermos esperan que llegue a ellas el sacerdote que lleva la custodia y la hostia santa. Vienen tan de cerca estas caras traspasadas, crispadas, estas miradas febriles, estas miradas fijas, estos ojos pálidos y tristes, ya estamos convulsionados. Es el Evangelio que estamos viendo, que se actualiza en este momento: de todos lados traían a los enfermos. Cristo pasaba entre ellos. Tenía plenitud de la multitud suficiente...

Después J. Rouquier nos introduce en las piscinas. Primero en la de las mujeres, niños y hombres. Aquí no podemos llegar al paroxismo. El agua está fría, (9 a 14 grados). Las mujeres gritan, los hombres gimen, los niños lloran. Los bañistas tienen una tarea dura. Todos tienen fe. Atrás de una concha, un sacerdote los asiste. Reza, como Cristo sobre la cruz, por esta suma terrible de miserias. Reza, con los enfermos, con la multitud que no se ve, pero se adivina, la respiración ansiosa. Un combate inexplicable se libra entre las fuerzas vivas del amor y el infierno "e la condición humana. Y porque este combate, en apariencia carnal, es espiritual y nos compromete en cuerpo y alma, es imposible presenciarlo sin tomar parte. Ha llegado el momento, para el incrédulo, de hablar de histeria, de demencia. Pero no se suprime con un encogimiento de hombros el permanente escándalo de la enfermedad, el sufrimiento y de la muerte. En Lourdes, ciudad real de todas las degeneraciones, este escándalo es obsesante. Los filósofos de lo absurdo y de la vida, se estrellan contra la nuda de la carne, estrellada de miríadas de llagas purulentas que se renueva sin cesar, día tras día, de año en año. Y es entonces que se impone la respuesta única: la locura de la cruz, el escándalo del cristianismo.

Pasó el medio día y el mismo declina imperceptiblemente. Sobre la explanada clara, la multitud está a la espera del acontecimiento esencial. El tiempo se detiene. La procesión avanza, lo adivinamos en la preparación de la multitud, en las zonas de silencio que se propagan de grupo en grupo, en el relámpago brusco de un rostro ansioso, en la sombra del pallo que lentamente se arrastra en el suelo. Una pequeña frase, que nos viene del cielo: "Dios te salve María llena de gracia", renace de su alena, vuelve a nacer des-

pués, en teje lazos infinitos alrededor del tema esencial, la gloria eterna del Verbo encarnado.

Y de pronto, atravesando todos los murmullos y todos los silencios, suena una sola voz. La multitud no tiene más que una sola boca, un solo corazón. El milagro de la unidad se opera a través de estos gritos

de amor: Ave, Ave María, María, Reina de Francia, y su amplitud es de una catedral sonora. Sobre la explanada, los enfermos acostados. Desde la mañana, una muralla de oraciones se construye, minuto a minuto, más compacta, con Ave repetidas sin fin, que brotan en ríos inmensos: el río del dolor, pero también del olvido — el olvido de la muerte.

Postados en sus camillas, los enfermos esperan que llegue a ellas el sacerdote que lleva la custodia y la hostia santa. Vienen tan de cerca estas caras traspasadas, crispadas, estas miradas febriles, estas miradas fijas, estos ojos pálidos y tristes, ya estamos convulsionados. Es el Evangelio que estamos viendo, que se actualiza en este momento: de todos lados traían a los enfermos. Cristo pasaba entre ellos. Tenía plenitud de la multitud suficiente...

Después J. Rouquier nos introduce en las piscinas. Primero en la de las mujeres, niños y hombres. Aquí no podemos llegar al paroxismo. El agua está fría, (9 a 14 grados). Las mujeres gritan, los hombres gimen, los niños lloran. Los bañistas tienen una tarea dura. Todos tienen fe. Atrás de una concha, un sacerdote los asiste. Reza, como Cristo sobre la cruz, por esta suma terrible de miserias. Reza, con los enfermos, con la multitud que no se ve, pero se adivina, la respiración ansiosa. Un combate inexplicable se libra entre las fuerzas vivas del amor y el infierno "e la condición humana. Y porque este combate, en apariencia carnal, es espiritual y nos compromete en cuerpo y alma, es imposible presenciarlo sin tomar parte. Ha llegado el momento, para el incrédulo, de hablar de histeria, de demencia. Pero no se suprime con un encogimiento de hombros el permanente escándalo de la enfermedad, el sufrimiento y de la muerte. En Lourdes, ciudad real de todas las degeneraciones, este escándalo es obsesante. Los filósofos de lo absurdo y de la vida, se estrellan contra la nuda de la carne, estrellada de miríadas de llagas purulentas que se renueva sin cesar, día tras día, de año en año. Y es entonces que se impone la respuesta única: la locura de la cruz, el escándalo del cristianismo.

Pasó el medio día y el mismo declina imperceptiblemente. Sobre la explanada clara, la multitud está a la espera del acontecimiento esencial. El tiempo se detiene. La procesión avanza, lo adivinamos en la preparación de la multitud, en las zonas de silencio que se propagan de grupo en grupo, en el relámpago brusco de un rostro ansioso, en la sombra del pallo que lentamente se arrastra en el suelo. Una pequeña frase, que nos viene del cielo: "Dios te salve María llena de gracia", renace de su alena, vuelve a nacer des-

pués, en teje lazos infinitos alrededor del tema esencial, la gloria eterna del Verbo encarnado.

Y de pronto, atravesando todos los murmullos y todos los silencios, suena una sola voz. La multitud no tiene más que una sola boca, un solo corazón. El milagro de la unidad se opera a través de estos gritos

de amor: Ave, Ave María, María, Reina de Francia, y su amplitud es de una catedral sonora. Sobre la explanada, los enfermos acostados. Desde la mañana, una muralla de oraciones se construye, minuto a minuto, más compacta, con Ave repetidas sin fin, que brotan en ríos inmensos: el río del dolor, pero también del olvido — el olvido de la muerte.

Postados en sus camillas, los enfermos esperan que llegue a ellas el sacerdote que lleva la custodia y la hostia santa. Vienen tan de cerca estas caras traspasadas, crispadas, estas miradas febriles, estas miradas fijas, estos ojos pálidos y tristes, ya estamos convulsionados. Es el Evangelio que estamos viendo, que se actualiza en este momento: de todos lados traían a los enfermos. Cristo pasaba entre ellos. Tenía plenitud de la multitud suficiente...

Después J. Rouquier nos introduce en las piscinas. Primero en la de las mujeres, niños y hombres. Aquí no podemos llegar al paroxismo. El agua está fría, (9 a 14 grados). Las mujeres gritan, los hombres gimen, los niños lloran. Los bañistas tienen una tarea dura. Todos tienen fe. Atrás de una concha, un sacerdote los asiste. Reza, como Cristo sobre la cruz, por esta suma terrible de miserias. Reza, con los enfermos, con la multitud que no se ve, pero se adivina, la respiración ansiosa. Un combate inexplicable se libra entre las fuerzas vivas del amor y el infierno "e la condición humana. Y porque este combate, en apariencia carnal, es espiritual y nos compromete en cuerpo y alma, es imposible presenciarlo sin tomar parte. Ha llegado el momento, para el incrédulo, de hablar de histeria, de demencia. Pero no se suprime con un encogimiento de hombros el permanente escándalo de la enfermedad, el sufrimiento y de la muerte. En Lourdes, ciudad real de todas las degeneraciones, este escándalo es obsesante. Los filósofos de lo absurdo y de la vida, se estrellan contra la nuda de la carne, estrellada de miríadas de llagas purulentas que se renueva sin cesar, día tras día, de año en año. Y es entonces que se impone la respuesta única: la locura de la cruz, el escándalo del cristianismo.

Pasó el medio día y el mismo declina imperceptiblemente. Sobre la explanada clara, la multitud está a la espera del acontecimiento esencial. El tiempo se detiene. La procesión avanza, lo adivinamos en la preparación de la multitud, en las zonas de silencio que se propagan de grupo en grupo, en el relámpago brusco de un rostro ansioso, en la sombra del pallo que lentamente se arrastra en el suelo. Una pequeña frase, que nos viene del cielo: "Dios te salve María llena de gracia", renace de su alena, vuelve a nacer des-

pués, en teje lazos infinitos alrededor del tema esencial, la gloria eterna del Verbo encarnado.

Y de pronto, atravesando todos los murmullos y todos los silencios, suena una sola voz. La multitud no tiene más que una sola boca, un solo corazón. El milagro de la unidad se opera a través de estos gritos

de amor: Ave, Ave María, María, Reina de Francia, y su amplitud es de una catedral sonora. Sobre la explanada, los enfermos acostados. Desde la mañana, una muralla de oraciones se construye, minuto a minuto, más compacta, con Ave repetidas sin fin, que brotan en ríos inmensos: el río del dolor, pero también del olvido — el olvido de la muerte.

Postados en sus camillas, los enfermos esperan que llegue a ellas el sacerdote que lleva la custodia y la hostia santa. Vienen tan de cerca estas caras traspasadas, crispadas, estas miradas febriles, estas miradas fijas, estos ojos pálidos y tristes, ya estamos convulsionados. Es el Evangelio que estamos viendo, que se actualiza en este momento: de todos lados traían a los enfermos. Cristo pasaba entre ellos. Tenía plenitud de la multitud suficiente...

Después J. Rouquier nos introduce en las piscinas. Primero en la de las mujeres, niños y hombres. Aquí no podemos llegar al paroxismo. El agua está fría, (9 a 14 grados). Las mujeres gritan, los hombres gimen, los niños lloran. Los bañistas tienen una tarea dura. Todos tienen fe. Atrás de una concha, un sacerdote los asiste. Reza, como Cristo sobre la cruz, por esta suma terrible de miserias. Reza, con los enfermos, con la multitud que no se ve, pero se adivina, la respiración ansiosa. Un combate inexplicable se libra entre las fuerzas vivas del amor y el infierno "e la condición humana. Y porque este combate, en apariencia carnal, es espiritual y nos compromete en cuerpo y alma, es imposible presenciarlo sin tomar parte. Ha llegado el momento, para el incrédulo, de hablar de histeria, de demencia. Pero no se suprime con un encogimiento de hombros el permanente escándalo de la enfermedad, el sufrimiento y de la muerte. En Lourdes, ciudad real de todas las degeneraciones, este escándalo es obsesante. Los filósofos de lo absurdo y de la vida, se estrellan contra la nuda de la carne, estrellada de miríadas de llagas purulentas que se renueva sin cesar, día tras día, de año en año. Y es entonces que se impone la respuesta única: la locura de la cruz, el escándalo del cristianismo.

Pasó el medio día y el mismo declina imperceptiblemente. Sobre la explanada clara, la multitud está a la espera del acontecimiento esencial. El tiempo se detiene. La procesión avanza, lo adivinamos en la preparación de la multitud, en las zonas de silencio que se propagan de grupo en grupo, en el relámpago brusco de un rostro ansioso, en la sombra del pallo que lentamente se arrastra en el suelo. Una pequeña frase, que nos viene del cielo: "Dios te salve María llena de gracia", renace de su alena, vuelve a nacer des-

pués, en teje lazos infinitos alrededor del tema esencial, la gloria eterna del Verbo encarnado.

Y de pronto, atravesando todos los murmullos y todos los silencios, suena una sola voz. La multitud no tiene más que una sola boca, un solo corazón. El milagro de la unidad se opera a través de estos gritos

de amor: Ave, Ave María, María, Reina de Francia, y su amplitud es de una catedral sonora. Sobre la explanada, los enfermos acostados. Desde la mañana, una muralla de oraciones se construye, minuto a minuto, más compacta, con Ave repetidas sin fin, que brotan en ríos inmensos: el río del dolor, pero también del olvido — el olvido de la muerte.

Postados en sus camillas, los enfermos esperan que llegue a ellas el sacerdote que lleva la custodia y la hostia santa. Vienen tan de cerca estas caras traspasadas, crispadas, estas miradas febriles, estas miradas fijas, estos ojos pálidos y tristes, ya estamos convulsionados. Es el Evangelio que estamos viendo, que se actualiza en este momento: de todos lados traían a los enfermos. Cristo pasaba entre ellos. Tenía plenitud de la multitud suficiente...

Después J. Rouquier nos introduce en las piscinas. Primero en la de las mujeres, niños y hombres. Aquí no podemos llegar al paroxismo. El agua está fría, (9 a 14 grados). Las mujeres gritan, los hombres gimen, los niños lloran. Los bañistas tienen una tarea dura. Todos tienen fe. Atrás de una concha, un sacerdote los asiste. Reza, como Cristo sobre la cruz, por esta suma terrible de miserias. Reza, con los enfermos, con la multitud que no se ve, pero se adivina, la respiración ansiosa. Un combate inexplicable se libra entre las fuerzas vivas del amor y el infierno "e la condición humana. Y porque este combate, en apariencia carnal, es espiritual y nos compromete en cuerpo y alma, es imposible presenciarlo sin tomar parte. Ha llegado el momento, para el incrédulo, de hablar de histeria, de demencia. Pero no se suprime con un encogimiento de hombros el permanente escándalo de la enfermedad, el sufrimiento y de la muerte. En Lourdes, ciudad real de todas las degeneraciones, este escándalo es obsesante. Los filósofos de lo absurdo y de la vida, se estrellan contra la nuda de la carne, estrellada de miríadas de llagas purulentas que se renueva sin cesar, día tras día, de año en año. Y es entonces que se impone la respuesta única: la locura de la cruz, el escándalo del cristianismo.

Pasó el medio día y el mismo declina imperceptiblemente. Sobre la explanada clara, la multitud está a la espera del acontecimiento esencial. El tiempo se detiene. La procesión avanza, lo adivinamos en la preparación de la multitud, en las zonas de silencio que se propagan de grupo en grupo, en el relámpago brusco de un rostro ansioso, en la sombra del pallo que lentamente se arrastra en el suelo. Una pequeña frase, que nos viene del cielo: "Dios te salve María llena de gracia", renace de su alena, vuelve a nacer des-

pués, en teje lazos infinitos alrededor del tema esencial, la gloria eterna del Verbo encarnado.

Y de pronto, atravesando todos los murmullos y todos los silencios, suena una sola voz. La multitud no tiene más que una sola boca, un solo corazón. El milagro de la unidad se opera a través de estos gritos

de amor: Ave, Ave María, María, Reina de Francia, y su amplitud es de una catedral sonora. Sobre la explanada, los enfermos acostados. Desde la mañana, una muralla de oraciones se construye, minuto a minuto, más compacta, con Ave repetidas sin fin, que brotan en ríos inmensos: el río del dolor, pero también del olvido — el olvido de la muerte.

Postados en sus camillas, los enfermos esperan que llegue a ellas el sacerdote que lleva la custodia y la hostia santa. Vienen tan de cerca estas caras traspasadas, crispadas, estas miradas febriles, estas miradas fijas, estos ojos pálidos y tristes, ya estamos convulsionados. Es el Evangelio que estamos viendo, que se actualiza en este momento: de todos lados traían a los enfermos. Cristo pasaba entre ellos. Tenía plenitud de la multitud suficiente...

Después J. Rouquier nos introduce en las piscinas. Primero en la de las mujeres, niños y hombres. Aquí no podemos llegar al paroxismo. El agua está fría, (9 a 14 grados). Las mujeres gritan, los hombres gimen, los niños lloran. Los bañistas tienen una tarea dura. Todos tienen fe. Atrás de una concha, un sacerdote los asiste. Reza, como Cristo sobre la cruz, por esta suma terrible de miserias. Reza, con los enfermos, con la multitud que no se ve, pero se adivina, la respiración ansiosa. Un combate inexplicable se libra entre las fuerzas vivas del amor y el infierno "e la condición humana. Y porque este combate, en apariencia carnal, es espiritual y nos compromete en cuerpo y alma, es imposible presenciarlo sin tomar parte. Ha llegado el momento, para el incrédulo, de hablar de histeria, de demencia. Pero no se suprime con un encogimiento de hombros el permanente escándalo de la enfermedad, el sufrimiento y de la muerte. En Lourdes, ciudad real de todas las degeneraciones, este escándalo es obsesante. Los filósofos de lo absurdo y de la vida, se estrellan contra la nuda de la carne, estrellada de miríadas de llagas purulentas que se renueva sin cesar, día tras día, de año en año. Y es entonces que se impone la respuesta única: la locura de la cruz, el escándalo del cristianismo.

Pasó el medio día y el mismo declina imperceptiblemente. Sobre la explanada clara, la multitud está a la espera del acontecimiento esencial. El tiempo se detiene. La procesión avanza, lo adivinamos en la preparación de la multitud, en las zonas de silencio que se propagan de grupo en grupo, en el relámpago brusco de un rostro ansioso, en la sombra del pallo que lentamente se arrastra en el suelo. Una pequeña frase, que nos viene del cielo: "Dios te salve María llena de gracia", renace de su alena, vuelve a nacer des-

pués, en teje lazos infinitos alrededor del tema esencial, la gloria eterna del Verbo encarnado.

Y de pronto, atravesando todos los murmullos y todos los silencios, suena una sola voz. La multitud no tiene más que una sola boca, un solo corazón. El milagro de la unidad se opera a través de estos gritos

de amor: Ave, Ave María, María, Reina de Francia, y su amplitud es de una catedral sonora. Sobre la explanada, los enfermos acostados. Desde la mañana, una muralla de oraciones se construye, minuto a minuto, más compacta, con Ave repetidas sin fin, que brotan en ríos inmensos: el río del dolor, pero también del olvido — el olvido de la muerte.

Postados en sus camillas, los enfermos esperan que llegue a ellas el sacerdote que lleva la custodia y la hostia santa. Vienen tan de cerca estas caras traspasadas, crispadas, estas miradas febriles, estas miradas fijas, estos ojos pálidos y tristes, ya estamos convulsionados. Es el Evangelio que estamos viendo, que se actualiza en este momento: de todos lados traían a los enfermos. Cristo pasaba entre ellos. Tenía plenitud de la multitud suficiente...

Después J. Rouquier nos introduce en las piscinas. Primero en la de las mujeres, niños y hombres. Aquí no podemos llegar al paroxismo. El agua está fría, (9 a 14 grados). Las mujeres gritan, los hombres gimen, los niños lloran. Los bañistas tienen una tarea dura. Todos tienen fe. Atrás de una concha, un sacerdote los asiste. Reza, como Cristo sobre la cruz, por esta suma terrible de miserias. Reza, con los enfermos, con la multitud que no se ve, pero se adivina, la respiración ansiosa. Un combate inexplicable se libra entre las fuerzas vivas del amor y el infierno "e la condición humana. Y porque este combate, en apariencia carnal, es espiritual y nos compromete en cuerpo y alma, es imposible presenciarlo sin tomar parte. Ha llegado el momento, para el incrédulo, de hablar de histeria, de demencia. Pero no se suprime con un encogimiento de hombros el permanente escándalo de la enfermedad, el sufrimiento y de la muerte. En Lourdes, ciudad real de todas las degeneraciones, este escándalo es obsesante. Los filósofos de lo absurdo y de la vida, se estrellan contra la nuda de la carne, estrellada de miríadas de llagas purulentas que se renueva sin cesar, día tras día, de año en año. Y es entonces que se impone la respuesta única: la locura de la cruz, el escándalo del cristianismo.

Pasó el medio día y el mismo declina imperceptiblemente. Sobre la explanada clara, la multitud está a la espera del acontecimiento esencial. El tiempo se detiene. La procesión avanza, lo adivinamos en la preparación de la multitud, en las zonas de silencio que se propagan de grupo en grupo, en el relámpago brusco de un rostro ansioso, en la sombra del pallo que lentamente se arrastra en el suelo. Una pequeña frase, que nos viene del cielo: "Dios te salve María llena de gracia", renace de su alena, vuelve a nacer des-

pués, en teje lazos infinitos alrededor del tema esencial, la gloria eterna del Verbo encarnado.

Y de pronto, atravesando todos los murmullos y todos los silencios, suena una sola voz. La multitud no tiene más que una sola boca, un solo corazón. El milagro de la unidad se opera a través de estos gritos

de amor: Ave, Ave María, María, Reina de Francia, y su amplitud es de una catedral sonora. Sobre la explanada, los enfermos acostados. Desde la mañana, una muralla de oraciones se construye, minuto a minuto, más compacta, con Ave repetidas sin fin, que brotan en ríos inmensos: el río del dolor, pero también del olvido — el olvido de la muerte.

Postados en sus camillas, los enfermos esperan que llegue a ellas el sacerdote que lleva la custodia y la hostia santa. Vienen tan de cerca estas caras traspasadas, crispadas, estas miradas febriles, estas miradas fijas, estos ojos pálidos y tristes, ya estamos convulsionados. Es el Evangelio que estamos viendo, que se actualiza en este momento: de todos lados traían a los enfermos. Cristo pasaba entre ellos. Tenía plenitud de la multitud suficiente...

Después J. Rouquier nos introduce en las piscinas. Primero en la de las mujeres, niños y hombres. Aquí no podemos llegar al paroxismo. El agua está fría, (9 a 14 grados). Las mujeres gritan, los hombres gimen, los niños lloran. Los bañistas tienen una tarea dura. Todos tienen fe. Atrás de una concha, un sacerdote los asiste. Reza, como Cristo sobre la cruz, por esta suma terrible de miserias. Reza, con los enfermos, con la multitud que no se ve, pero se adivina, la respiración ansiosa. Un combate inexplicable se libra entre las fuerzas vivas del amor y el infierno "e la condición humana. Y porque este combate, en apariencia carnal, es espiritual y nos compromete en cuerpo y alma, es imposible presenciarlo sin tomar parte. Ha llegado el momento, para el incrédulo, de hablar de histeria, de demencia. Pero no se suprime con un encogimiento de hombros el permanente escándalo de la enfermedad, el sufrimiento y de la muerte. En Lourdes, ciudad real de todas las degeneraciones, este escándalo es obsesante. Los filósofos de lo absurdo y de la vida, se estrellan contra la nuda de la carne, estrellada de miríadas de llagas purulentas que se renueva sin cesar, día tras día, de año en año. Y es entonces que se impone la respuesta única: la locura de la cruz, el escándalo del cristianismo.

Pasó el medio día y el mismo declina imperceptiblemente. Sobre la explanada clara, la multitud está a la espera del acontecimiento esencial. El tiempo se detiene. La procesión avanza, lo adivinamos en la preparación de la multitud, en las zonas de silencio que se propagan de grupo en grupo, en el relámpago brusco de un rostro ansioso, en la sombra del pallo que lentamente se arrastra en el suelo. Una pequeña frase, que nos viene del cielo: "Dios te salve María llena de gracia", renace de su alena, vuelve a nacer des-

pués, en teje lazos infinitos alrededor del tema esencial, la gloria eterna del Verbo encarnado.

Y de pronto, atravesando todos los murmullos y todos los silencios, suena una sola voz. La multitud no tiene más que una sola boca, un solo corazón. El milagro de la unidad se opera a través de estos gritos

de amor: Ave, Ave María, María, Reina de Francia, y su amplitud es de una catedral sonora. Sobre la explanada, los enfermos acostados. Desde la mañana, una muralla de oraciones se construye, minuto a minuto, más compacta, con Ave repetidas sin fin, que brotan en ríos inmensos: el río del dolor, pero también del olvido — el olvido de la muerte.

Postados en sus camillas, los enfermos esperan que llegue a ellas el sacerdote que lleva la custodia y la hostia santa. Vienen tan de cerca estas caras traspasadas, crispadas, estas miradas febriles, estas miradas fijas, estos ojos pálidos y tristes, ya estamos convulsionados. Es el Evangelio que estamos viendo, que se actualiza en este momento: de todos lados traían a los enfermos. Cristo pasaba entre ellos. Tenía plenitud de la multitud suficiente...

Después J. Rouquier nos introduce en las piscinas. Primero en la de las mujeres, niños y hombres. Aquí no podemos llegar al paroxismo. El agua está fría, (9 a 14 grados). Las mujeres gritan, los hombres gimen, los niños lloran. Los bañistas tienen una tarea dura. Todos tienen fe. Atrás de una concha, un sacerdote los asiste. Reza, como Cristo sobre la cruz, por esta suma terrible de miserias. Reza, con los enfermos, con la multitud que no se ve, pero se adivina, la respiración ansiosa. Un combate inexplicable se libra entre las fuerzas vivas del amor y el infierno "e la condición humana. Y porque este combate, en apariencia carnal, es espiritual y nos compromete en cuerpo y alma, es imposible presenciarlo sin tomar parte. Ha llegado el momento, para el incrédulo, de hablar de histeria, de demencia. Pero no se suprime con un encogimiento de hombros el permanente escándalo de la enfermedad, el sufrimiento y de la muerte. En Lourdes, ciudad real de todas las degeneraciones, este escándalo es obsesante. Los filósofos de lo absurdo y de la vida, se estrellan contra la nuda de la carne, estrellada de miríadas de llagas purulentas que se renueva sin cesar, día tras día, de año en año. Y es entonces que se impone la respuesta única: la locura de la cruz, el escándalo del cristianismo.

Pasó el medio día y el mismo declina imperceptiblemente. Sobre la explanada clara, la multitud está a la espera del acontecimiento esencial. El tiempo se detiene. La procesión avanza, lo adivinamos en la preparación de la multitud, en las zonas de silencio que se propagan de grupo en grupo, en el relámpago brusco de un rostro ansioso, en la sombra del pallo que lentamente se arrastra en el suelo. Una pequeña frase, que nos viene del cielo: "Dios te salve María llena de gracia", renace de su alena, vuelve a nacer des-

pués, en teje lazos infinitos